



El coro de Antígona

SON muchas las cosas magníficas; mas no hay nada más magnífico que el hombre. Va, con el noto invernal, más allá del mar cano, atravesando las hirvientes ondas. Fatiga a la hija mayor de los dioses, a la tierra imperecedera, incansable, revolviéndola año tras año con el arado, labrándola con el caballar linaje.

Envolviéndola, atrapa a la tribu de las ligeras aves, y mata a las agrestes fieras, y al pueblo del marino ponto con cuerdas tramadas con red, —esto hace, el ingenioso hombre. Domina con insidias a la salvaje fiera montaraz e hirsuta y sujeta al caballo al yugo cervical y al indomable toro bravío.

Ha aprendido el lenguaje, y el pensamiento sublime, y las pasiones que rigen las ciudades, y a evitar los lluviosos dardos de los inevitables hielos etéreos. Ingenioso, y a más se encuentra sin expedientes para el futuro. Sólo a la muerte no ha hallado escape; mas si ha inventado la manera de evitar las enfermedades duras.

SÓFOCLES.



Lucía

Versión de Zeneca.

ESTÁBAMOS sentados juntos: ella
inclinaba su frente, y sobre el piano
dejaba en tanto, pensativa y bella,
al capricho vagar su blanca mano.

No era más que un murmullo: parecía
la tenue voz de un céfiro distante
que al ave implume despertar temía,
y entre los juncos revolaba errante.

Los delirios, las ansias voluptuosas
que en horas melancólicas brotaron,
salieron del capullo de las rosas
y a fuego lento el corazón quemaron.

Meció su rama mustia el roble añoso,
la estrella del pesar rasgó su velo,
y al gemir de la noche en el reposo,
nos pareció que nos hablaba el cielo.

Entraba por las rejas entreabiertas
el olor virginal de los collados:
estaban las praderas ya desiertas,
y estábamos los dos enamorados.

Estábamos así meditabundos,
solos y tristes, y en la edad florida
en que se van las almas a otros mundos
y aspiran lo inmortal en otra vida.

Yo me puse a mirarla: era Lucía
en lo infinito del dolor un astro:
era rubia y el rostro le cubría
la suave palidez del alabastro.

Nunca otros ojos en mayores duelos,
buscaron más la luz en lo futuro,
sondearon más lo inmenso de los cielos
ni reflejaron un azul más puro.

Yo me embriagaba en su hermosura, y tanto
la castidad solemnizó sus gracias,
que en ella halló por fin mi afecto santo
una hermana de dichas y desgracias.

Pasaban en silencioso los momentos;
y viendo yo que su semblante ardía
en la llama de ocultos pensamientos,
cogí su mano y la estreché en la mía.

Y entonces comprendí que en los enojos
de la fortuna sólo dan la calma,
la juventud de unos hermosos ojos
y la apacible juventud del alma.

Levantóse la luna en el oriente
en medio de la atmósfera serena;
y ella al sentir la luz sobre su frente
sonrió cual ángel y cantó su pena.

.....

¡Oh diosa del dolor! ¡Dulce armonía!
¡Idioma del amor y del consuelo,
que Italia nos prestó con la poesía
y que la Italia recibió del cielo!

¡Lengua del corazón, sublime acento,
idealidad que va en la nube esbelta,
espacio en que no teme el pensamiento
pasar cual virgen en su velo envuelta!

¡Quién pudiera saber cuántos halagos
siente la joven que infeliz delira
y lo que dice en los suspiros vagos
que nacen en el aire que respira!

¿Quién lo puede saber? Uno sorprende
una mirada, y lo demás lo ignora
la multitud, como jamás entiende
lo que en las noches y en los bosques llora.

Los dos a contemplarnos nos pusimos,
y estrechó su horizonte la esperanza,
y dentro el pecho retemblar sentimos
el eco angelical de su romanza.

Ella inclinó en mi seno su cabeza
y comenzó a gemir ¡Oh mi querida!
¿Sentiste dentro el alma, en su tristeza,
sollozar a Desdémona afligida?

¡Tú llorabas, mi bien! Tu boca mustia
mi boca comprimí; su duro peso
sobre tu cuello descargó la angustia
y fué el dolor quien recibió mi beso.

Así yo te besé, pálida y yerta.
¡Ay, dos meses después, oh niña mía,
estabas ya bajo la tierra, muerta,
y yerba vil sobre mi amor crecía!

No fué muy duro tu existir: al verte,
te protegió risueña la fortuna:
y una mañana, al despertar, la muerte
voló hacia Dios y te llevó en la cuna.

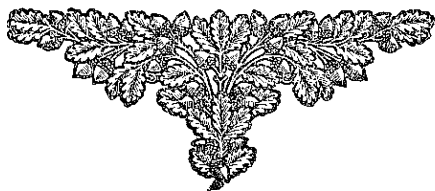
¡Oh dulce hogar que hospeda a la inocencia!
¡Cuántos sueños de paz, glorias doradas!
¡Oh augusta soledad, santa creencia,
sonrisas de placer, tristes miradas!

Y tú también, pasión conmovedora,
que en el umbral de Margaritas hacías
temblar a Fausto! . . . ¿A dónde estás ahora
dulce candor de los primeros días?


¡Duerme por fin en paz! ¡Duerme, ángel mío!
¡Paz profunda a tu alma! ¡Adiós! Tu mano
ya no más en las noches del estío
podrá vagar por el marfil del piano. . . .

Plantad, amigos, cuando yo muera,
un triste sauce en el cementerio;
pláceme un árbol tan funeral;
y há tiempo aguardo que en el misterio
será su sombra, sombra ligera
para mi humilde lecho mortal.

ALFREDO DE MUSSET.



Mística



EN los brillantes candelabros de plata, los cirios de cera pálida formaban como un bosque armonioso, donde florecían las llamas, semejantes a rosas de fuego. El órgano sollozaba, se lamentaba, gemía larga, ronca, profundamente, enviando su música grave bajo los arcos de piedra del templo del Señor. Sobre el altar, en la eminente cúpula, en un fondo de azul constelado de astros de oro, los Padres de la Iglesia alzaban, en beatitud extática, los brazos y los ojos al cielo, en ademán de implorar al Omnipotente.

En el fondo del altar, en un círculo de querubines de rosa y de ángeles blondos, en una apoteosis de palmas de plata y de pendones místicos, en un incendio de luces y de resplandores, estaba la Virgen María, atravesado el corazón por un puñal resplandeciente; a sus pies, en las primeras grandes de la capilla, veíanse las ofrendas, las coronas de laurel, los ramos de esmalte, todo un jardín irisado y artificial; y más abajo sobre las frías baldosas, y más allá, bajo las arcadas, en la claridad de las grandes puertas, estaban humildemente de hinojos los ancianos creyentes, las viejas devotas, los niños y las niñas pensativos, la numerosa grey, el rebaño místico, todos los fieles a las banderas de Cristo; y por sobre esa multitud en adoración, luego que calló el órgano y que pasaron los rezos y las letanías, volaron dulcemente, alzándose a lo lejos, como una bandada de alondras, los cánticos de un coro de vírgenes, cánticos claros, puros, cristalinos, que hicieron estremecerse de gozo al viejo templo católico, como si hubiesen resucitado los buenos tiempos en que la Fe terrible fortaleció las almas de los hombres!

JUAN RAMÓN MOLINA

Lamentación del Voluptuoso

Causae Causarum, miserere mei!

I

DE hoy más, la besaré casta, muy castamente:
mi boca huirá sus labios para buscar su frente.
¡Son, ay, sus labios húmedos la más honda delicia.
Están todas las mieles en su tibia caricia.
Pero es fuerza esquivarlos... Quiérello el Ideal
¡Adiós, divina copa de purpúreo cristal!

II

¿Por qué, DEMIURGO, hicieron tus designios obs-
[curos
más sabrosos los labios que los frutos maduros?
...¿Por qué diste a la hembra líneas en cuya gracia
hay avasalladora y sutil eficacia?
...¿Por qué tiembla en sus ojos tan invencible imán?
¿Por qué cuando nos miran, nos causan tanto afán?
¿Por qué es el MAYA artero tan cruel engañador,
por qué es irresistible la fuerza del AMOR,
si luego quienes comen la codiciada pulpa
tan sólo hallan acíbar, como si la gran culpa
estuviera en la fuente del nacer escondida
y el mal por excelencia fuera el mal de la vida?
¿Como si el gran deleite que el sexo lleva oculto
para un hosco Ahrimán significase insulto!

III

¡Oh febril, oh indomable corcel de mi deseo,
a cuyo lomo, atado cual Mazeppa me veo!
Cadena despiadada, que con tus eslabones
me ligas a los ciclos de las reencarnaciones;
fundiendo cuna y cuna, soldando muerte y muerte,
¡cuando querrá mi KARMA que pueda yo romperte!

IV

¡Mas, ay de mí, que ansío dominar la Pasión,
que es una fuerza cósmica cual la gravitación!
Primordial torbellino, cómo impedir que arree
tu empuje, si eres ímpetu supremo de la ESPECIE.

¡Si es la especie quien gime y anhela en cada pecho
y hace estallar el molde cuando lo encuentra estrecho,
¡Vencer! Tanto valdría con mano de titán
tapar la boca al *geyser*, el cráter al volcán.
¡Tanto valdría, loco, razonar un delirio
o detener en su órbita fatal la estrella Sirio!

V

¡Blasfemia!⁹ Otros pudieron . . . ¡Querer es lo que
importa!
¡QUERER! ¡Todo lo puedes en Dios que te conforta!
Acógete al ESPIRITU, que vela en lo invisible
y *ruega por nosotros con gemido indecible.* (1)
¡Alíate a los ángeles; reclama del ABISMO
la suprema victoria de triunfar de tí mismo!

VI

- ¡Sí haré! Quizá la angustia sin tregua que me
oprime
sacuda las entrañas de la NOCHE sublime.
¡Tal vez el grito inmenso de mi dolor, taladre
la oreja de la esfinge, que al fin y al cabo es madre!
Que puso en nuestros ímpetus de amor, sin ley ni
nombre,
un soplo de *Absoluto* que pasa por el hombre;
que nos formó con nieblas y luz, con aima y lodo,
y *todo lo perdona porque lo sabe todo* . . .

VII

¡Esperaré, rogando, que esa Esfinge sombría,
a la piedad se abra, como la flor al día!
¡Mas, ¿en qué Libia, mientras, voy a esconder mi
anhelo,
como el mar indomable y sin fin como el cielo?
¿Con qué flagelaciones y ayunos de eremita
mitigaré un instante no más mi sed maldita?
¿En qué boreales témpanos revolcaré mi fiebre?
¿Qué tálamo de púas encontraré, que quiebre
mi voluntad de goces, mi agudo frenesí?
¡Oh Causa de las Causas, ten compasión de mí!

AMADO NERVO.

(1) ROMANS V.111

El recuerdo desgarrador

(Traducción de Juan R. Jiménez)



ME acuerdo . . . — ¡A qué hora del día no está delante de mis ojos!—Me acuerdo de aquella manera que tenía de levantarse el cabello con sus débiles dedos, tan pálidos!

Me acuerdo de la noche que pasó con la mejilla sobre mi seno, tan dulcemente, que el placer me tuvo desvelada. Al otro día su cara guardaba la huella del pezón redondo.

La veo, con la taza de leche en la mano, mirarme de lado, sonriendo. La veo, empolvada y peinada, abriendo sus grandes ojos delante del espejo, y retocando con un dedo el carmín de sus labios.

Mas, sobre todo, mi desesperación es una tortura continua, porque recuerdo a cada instante cómo desfallece en brazos de otra, y lo que le pide, y lo que le da.

PIERRE LOUYS.

Historia de mi vida

SONÉ la muerte y era muy sencilla;
una hebra de seda me envolvía,
y a cada beso tuyo
con una vuelta menos me ceñía.

Y cada beso tuyo,
era un día;
y el tiempo que medíaba entre dos besos,
una noche. La muerte es muy sencilla.

Y poco a poco fué desenvolviéndose,
la hebra fatal. Ya no la retenía
sino por solo un cabo entre los dedos...

Cuando de pronto te pusiste fría,
y ya no me besaste...
Y solté el cabo, y se me fué la vida.

LEOPOLDO LUGONES

Castillos en España

¡CASTILLOS de la tierra castellana!
Esqueletos heroicos de los tiempos feudales,
que os alzais en la vida de ahora, pobre y llana,
lo mismo que románticos fantasmas medioevales.

Yo quisiera tener, cual torre de marfil,
como un nicho de sueños, un soberbio castillo:
contra la villanía que odia el verso gentil
yo bien quisiera ser señor de horca y cuchillo.

¡Castillos de la blanca Princesa Poesía!
Castillos de los pardos terruños castellanos
que vieron las Cruzadas contra la morería
y flamear al viento los pendones cristianos.

Nidal de los antiguos comuneros,
que mira frente a frente al infinito;
la epopeya gloriosa de los Fueros
está escrita en estrofas eternas de granito.

Como versos de piedra, cantan los señoriales
castillos de la Raza, el poema antañón.
¡Hierro en las armaduras ancestrales,
hierro en el corazón!

¡Oh castillos de ensueño! ¡Qué poeta no querría
poseer un castillo y una tersa laguna?
¡También Nuestro Señor Don Quijote tenía
un castillo en la luna!

¡Un castillo de humo sobre un lago sonoro,
un alcázar creado por la diosa Quimera
para esperar cantando, en un esquiife de oro,
a que venga la Muerte, como Luis de Baviera!

¡Los castillos de España! ¡Oh, la gloria lejana,
el laurel y el romance y la hidalguía!
¡Se alzan como fantasmas sobre la tierra llana,
sobre la tierra llana, seca de poesía!

¡Oh, la vulgaridad; oh, la vulgaridad
de este seco y rãmplón y angustioso momento!
¡Sin alas y sin sueños, el alma de esta edad
no sabe alzar castillos ni en tierra... ni en el viento!

Don Quijote y el Cid duermen eternamente;
sus gestas milagrosas suenan a cosa extraña;
el Ensueño y la Gloria, son irónicamente
castillos en España...

E. CARRÉRE.

Dedicatoria del poema EL RETORNO

A Froylán Turcios:



ALTO y noble Artista:-- Penetro a la suntuosidad sensual de tu salón, donde tus manos sapientes han hecho florecer rosas y crisanthemos; han levantado, sobre las jardineras olorosas a tierra húmeda, el palio de las orquídeas abrumadas de sueño; han aprisionado, en marcos de raras molduras, los retratos de tus mujeres amadas; han labrado maravillosos cofres de palisandro; han afirmado sobre las paredes tapizadas de rojo, diamantinos espejos venecianos; han cincelado vaporosas Tanagras y bustos de mármol helénico; y han extendido, en una complicada ramificación de flores, la amable felpa de las alfombras asiáticas. Penetro a tu salón, penumbroso y fragante; y, como un ex-voto de amistad y de fraternidad mental, coloco, entre tu magnificencia refinada, un haz de plantas odoríferas y silvestres, llenas aún del frescor de la montaña.

RAMÓN ORTEGA.

1911.



Ropa limpia

DE besé la mano y olía á jabón:
yo llevé la mía contra el corazón.

Le besé la mano breve y delicada
y la boca mía quedó perfumada.

Muchachita limpia, quien a tí se atreva,
que como tus manos huela a ropa nueva.

Besé sus cabellos de crencha ondulada:
¡si también olian a ropa lavada!

¿A qué linfa llevas tu cuerpo y tu ropa?
¿En qué fuente pura te lavas la cara?
Muchachita limpia, si eres una copa
llena de agua clara.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ.

La apuesta del rey

(Romance griego recogido por Juan Morcas)



El caballero Marvian habla de la virtud de su dama.

El rey, que bebe, oye y contesta:

—Caballero, yo apuesto que triunfaré de la virtud de vuestra dama.

—Señor — exclama Marvian — si ganáis vuestra apuesta, podéis cortarme la cabeza; si perdéis, dadme lo que os plazca.

El rey se incorpora.

Hace cargar de pedrerías veinte mulas. Cinco parten por la mañana; cinco al mediodía; cinco en la tarde.

La bella Aurea dice, al recibir los presentes:

—¡Que Dios guarde al que me los envía, y que mi amado Marvian viva cien años para agradecerse los!

Al día siguiente manda el rey las otras cinco mulas cargadas de tesoros, y detrás de ellas otras tantas, con brocados y encajes, bálsamos y esencias. También manda a un paje con orden de decir a la bella que le espere.

—El rey, nuestro señor, os ama, y esta noche os lo vendrá a probar.

Al oír esto la bella se desola, y va en busca de su más joven doncella, la que tanto se le parece de rostro, a la cual dice:

—¡Sálvame, por Dios!

—Soy vuestra esclava, señora — contesta la doncella.

—Toma mi traje y dame el tuyo.

En seguida la peina y la adorna.

—El rey va a venir.

El rey llega a la caída de la tarde.

A la mañana siguiente dice a su compañera:

—Bella, dadme una trenza de vuestro pelo como prenda de amor.

—Señor, cortadla con vuestras reales manos.

—Bella, dadme vuestro anillo como recuerdo tierno.

—Señor, tomadlo vos mismo.

El rey monta a caballo. Va contento el rey. Y llega y llama a sus cortesanos, testigos de la apues-

ta, y a Marvian, que ha perdido, y al verdugo que ha de cortarle la cabeza.

—He aquí los testimonios de mi victoria—exclama—enseñando el anillo y la trenza.

--Señor—murmura Marvian— estos cabellos no son los de mi novia, ni esta sortija es la suya. Todo esto es de su doncella.

La ronda nocturna

(Traducción de E. Díez Canedo)

NOCHE cerrada, tormentosa, oscura,
fuera. Duerme en tinieblas el convento.
La arboleda está inmóvil. No fulgura
ni una estrella en el torvo firmamento.

Todo dentro es mudez. Flébil murmura
solo, de raro en raro, el són del viento...
Un rasgar de sudarios en la altura,
pasos de espectros en el pavimento...

De súbito rechinan las pesadas
puertas...El eco imita sordamente
leve rumor de voces apagadas...

Y al temblor de una lámpara luciente,
del claustro so las tácitas arcadas
va la ronda nocturna, lentamente.

OLAVO BILAC.

(Olavo Bilac, nacido en 1865, es quizá el más grande de los poetas brasileiros de hoy. Lo más intenso de su obra son los sonetos amorosos que intituló *Via-Láctea*. Guillermo Valencia, cuyas versiones no son *tapetes al revés*—porque les pone el sello de su ingenio—ha hecho últimamente hermosas traducciones de Bilac).

El perfume

(Traducción de Eduardo Marquina)

LECTOR: ¿recuerdas haber respirado
con toda el alma al olfato sumisa,
el vago incienso que aroma una misa
o de un saco el almizcle inveterado?

¡Mágico encanto, que, agudo, improvisa
en el presente el valor del pasado!
— Así el amante, en el cuerpo adorado,
coge la flor del recuerdo indecisa.


De sus cabellos untuosos y graves,
saco viviente, incensario de alcoba,
salía olor africano de loba;

y de sus trajes flotantes y suaves,
donde la flor de su cuerpo se hospeda,
un vaho tibio de forros de seda.

CARLOS BAUDELAIRE.



La antigua Palestina

 **P**ERO la antigua Palestina de los ríos
de leche y de miel ha sido borrada
del mundo, a medida que ha ido
llenando su misteriosa misión pro-
fética: la tierra se ha agrietado y ha
perdido su expresión, como la cara
de un viejo enfermo; los árboles se han caído como
sus cabellos; la luz se ha entristecido en la neblina
como su mirada; se han hundido las murallas, han
desaparecido los palacios del Líbano y los de Jeru-
salén, y el templo mismo de Jehová. También se
han perdido para siempre los millares de cantos del
poeta; brillaron sus inspiraciones y fueron traga-
das por el olvido, como si la espada de un gigante
invisible hubiera flameado un momento al ser de-
senvainada en la obscuridad.

Sólo uno de esos cantos nos ha quedado: el canto precisamente que conserva el espíritu del *Huerto Cerrado*, que también vive aún en plena eflorescencia en medio a las rocas basálticas de Jerusalén; el canto que pronuncia y simboliza la fecundidad virginal del *Paraíso* en que brotó el Verbo, a la evocación del amor divino.

Sólo él nos queda de la obra del más sabio de los humanos: ese canto, de soberana hermosura, se llama *El Cantar de los Cantares*

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.



El Dhammapada

Fragmento de un poema indio. Vertido al castellano de la traducción en versos ingleses de Sir Edwin Arnold.

EL pensamiento que funciona a través de la mente nos ha formado.
Lo que somos fué elaborado por el pensamiento.
Si la mente de un hombre
Contiene malos pensamientos, el dolor lo sigue como sigue
La rueda tras el buey.

Nosotros somos todo lo que pensamos y queremos;
Nuestros pensamientos nos forman y dirigen. Si uno persevera
En la pureza del pensamiento, la alegría le sigue
Tan seguramente como su propia sombra.

*¡El me ha calumniado, me ha ofendido, me ha denigrado,
Me ha abatido, me ha humillado!* Si uno conserva
En su corazón pensamientos como los que estas coléricas palabras indican,
El odio jamás cesará en él.

*¡El me ha calumniado, me ha ofendido, me ha
denigrado,
Me ha abatido, me ha humillado!* Si uno rechaza
Semejantes coléricas palabras sustituyéndolas por
pensamientos benévolos,
El odio tendrá fin.

Pues jamás en parte alguna ni en ningún tiempo
El odio hizo cesar al odio. Sólo por el amor
Cesa siempre el odio;
Esta es la antigua ley.

Los necios han olvidado—
O jamás han sabido—cómo perdonar una grave
ofensa;
Pero aquellos que conocen y recuerdan,
No dan importancia alguna a pasajeras contiendas.

Aquellos que se aferran a los placeres, los igno-
rantes,
Glotones, débiles, entregados a la lujuria,
Mara los aniquilará como el huracán fiero
Derriba los árboles cuyas raíces no están fuerte-
mente adheridas a la tierra.

Aquellos que renuncian a los placeres, que saben
dominarse,
Sabios, justos, fuertes, que evitan todo mal,
Mara no les aniquilará, del mismo modo
Que el huracán no derriba una montaña.

Las pasiones se introducen en las mentes que re-
chazan los pensamientos sanos;
Se deslizan las pasiones por el corazón del sabio.
El que obra mal se lamenta en este mundo,
y en el otro; en ambos
Se queja. Cuando en el fruto de sus acciones
Ve que es castigado.

El hombre justo siente alegría en este mundo
y la siente en el otro; en ambos
Es dichoso. Cuando ve el fruto de sus obras
Su vista le produce satisfacción.

Boleórrillante

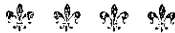
FUNDIÓSE el día en mortecinos lampos,
y el mar y la cantera y las aristas
del monte, se cuajaron de amatistas,
de carbunclos y raros crisolampos.

Negó la luna y un billón de ampos^o
alucinó las caprichosas vistas,
y embargaba tus ojos idealistas
el divino silencio de los campos.

Como un exótico abanico de oro,
cerró la tarde en el pinar sonoro...
Sobre tus senos, a mi abrazo impuro,

ajáronse tus blondas y tus cintas,
y erró a lo lejos un rumor obscuro
de carros, por el lado de las quintas.

JULIO HERRERA REISSIG.



La visita

"Una noche Emerson, que había venido de América para conocer a Carlyle, entró en el comedor donde el Maestro sentábase junto a la chimenea. Carlyle encendió su pipa y Emerson instalóse en un sillón frente a él. Las horas pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra, mientras se consumía el fuego del hogar. Sólo cuando Emerson se levantó para retirarse, Carlyle le dijo con sencillez:

*ESTA ES UNA DE LAS NOCHES MÁS FELICES
QUE HE PASADO EN TODA MI VIDA.*

JUAN PUJOL."

*¡Oh soledad de todos los que aman!
¡Oh silencio de todos los que brillan!*

NIEZSCHE.

HA metrópoli enorme y grave, sacudía
su gris sayal ante la primavera
que mil granadas de oro y púrpura entreabría
sobre el éter y el mar y sobre la pradera.

Al fenecer de un día,
venciendo una torcida, fantástica escalera,
atravesó el umbral del Solitario
un hombre que venía
de apartada región extranjera.
—¡Emerson!—dijo al verle, el Maestro, y al punto
—¡Carlyle!—exclamó el huésped. . . . y fué todo.

El silencio
los envolvía como la yedra sabe
cubrir a las estatuas olvidadas.

Sentados frente a frente cabe las llamaradas
del hogar, inclinaron las gloriosas cabezas,
y comenzó un excelso coloquio sin vocablos:
¡el coloquio de aquellas dos grandezas!

Pensad en el poder de dos fieros venablos
que vuelen ciegos a la lejanía
sin rozarse en el ímpetu de su febril porfía;
pensad en dos esferas siderales
que recorren sus sendas eternas
alumbrándose, mudas; influyéndose, solas;
meditad en dos nubes preñadas de tormenta
que cruzan por instantes sus espadas
sin restallar de trueno que revienta;
en dos esbeltas ánforas colmadas
(dejen brillar su plenitud gozosa
en perlas que se fundan sin ruido
en un pozo dormido);
meditad en dos águilas rivales
trazando en el azul sus espirales
gigantescas por cima del abismo;
meditad en dos pomos de gracia deleitosa
que dejen mezclar, libre, por el sutil ambiente,
su poder esencial en tímidos efluvios;
pensad en dos amantes: con emoción ardiente,
se cambian su retrato, y en plácido mutismo
remira cada uno la imagen floreciente
como si en un espejo se contemplara él mismo.

I en silenciosa actividad fluía
la arena del reloj, y esos dos sentimientos
y esas dos elaciones en aquellos gigantes
mudos, eternizaban los instantes
entre un ensueño vago de vagos pensamientos.
La ennegrecida pipa del escocés alzaba
tenue espiral que al ascender fingía
humo de un corazón que se abrasaba.
Emerson. meditaba.

La realidad dormía

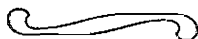
I aquellas dos mudeces eran el libro abierto
donde cantaba el uno la augusta epifanía
del otro; dos palmeras del desierto
que se fecundan desde velada lejanía.
I en silenciosa actividad fluía
la arena del reloj. Y así pasaron
horas sin cuento. La postrera brasa
crepitó; al extinguirse, despertaron
los absortos.

En fúlgido derroche
titilaban los orbes en el cielo.
¡Oh fecundo silencio!
¡Oh silencio gemelo de la noche!

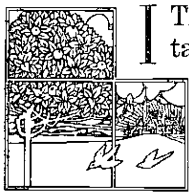
Venciendo la escalera fantástica y torcida,
Emerson se alejó, y el Solitario exclama:
¡Que noche tan feliz entre las de mi vida!

¡Amor que para herir no necesita el grito!
¡Oh tácitos poemas que nuestra voz humillan!
¡Oh silencio de todos los que brillan!
Punto de intersección del alma en lo infinito

GUILLERMO VALENCIA.



Benjamín Itaspes



ITASPES, en sus momentos de exaltación, hablaba al mar como a una divinidad o ser inteligente; le hablaba en voz alta, o a media voz, como cuando decía, todas las noches, su padrenuestro, pues había conservado, a pesar de su espíritu inquieto y combatido, y de su vida agitada y errante, muchas de las creencias religiosas que le inculcaron en su infancia, allá en un lejano país tropical de América.

Benjamín Itaspes gustaba poco del trato de *la gente*, de la *bétisse* circulante, que se manifiesta por la usual y consuetudinaria conversación, del vulgo municipal y espeso, como él decía. Así como gustaba de comunicar con los espíritus sencillos, con los

campesinos simples, con los marineros, y con los viejecitos y viejecitas de pocas luces, que viven de recuerdos y cuentan curiosas cosas pasadas que ellos presenciaron. Almorzó, pues, solo, en el barco. Al fin de la comida se atrevió, contra las prescripciones del médico, a tomar una taza de café... Y aunque recordó sus dolencias y sintió punzadas y molestias de la gastritis, se encontró con buen ánimo, con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habían de devolverle la salud, y el deseo de vivir y de producir, el reconfortamiento del entusiasmo y de la pasión por su arte.

Notaba, con gran contentamiento, que no sentía la necesidad de los excitantes, lo cual contribuiría, según los médicos, al completo restablecimiento de su bienestar físico y moral. Aunque se encontraba débil, después de la última crisis que le postrara por largos días en cama, no recurría a los por toda su pasada vida habituales alcoholes. Apenas, de cuando en cuando, si las fuerzas estaban muy flacas, tomaba unos sorbos de un vino medicinal de quina, amargo y meloso a un tiempo, que si le fortalecía por instantes, le causaba ardores y alfilerazos estomacales. Tenía sus consecutivos padecimientos por do más pecado había; porque el quinto y el tercero de los pecados capitales habían sido los que más se habían posesionado, desde su primera edad, de su cuerpo sensual y de su alma curiosa, inquieta e inquietante.

Ahora, cabalmente, estaba pagando antiguas cuentas. Como se dice, aquellos polvos traían estos lodos. Mas se decía:—Pero, Dios mío, si yo no hubiese buscado esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal del pensar, ¿qué sería de mi pobre existencia, en un perpetuo sufrimiento, sin más esperanza que la probable de una inmortalidad a la cual tan solamente la fe y la pura gracia dan derecho? Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y pecador me anticipa, *al contado*, un poco de paraíso, ¿voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea?— Y hablando con su corazón y de verdad, en

lo íntimo de sus voliciones, se presentaba a lo infinito tal como era, lleno de ansias y de incoñténibles instintos. Y así besaba, o comía, o absorbía sus bebedizos que le transformaban y modificaban pensamiento y sentimiento. Y como desde que tuvo uso de razón su vida había sido muy contradictoria y muy amargada por el destino, había encontrado un refugio en esos edenes momentáneos, cuya posesión traía después irresistiblemente horas de desesperanza y de abatimiento. Mas se había aprisionado en el tiempo, aunque fuese por instantes, la felicidad relativa, en una trampa de ensueño.

Era la primera vez que necesitaba verdaderamente de un largo reposo, de un dilatado contacto con la naturaleza; de un alejamiento de la ciudad abrumadora, de la tarea precisa, casi mecánica, que le agriaba el entendimiento, del fingido hogar que le habían traído las consecuencias de una vida *manquee*. del padecimiento moral incesante que agravaba el inveterado recuerdo de los excitantes, de los alcoholes de pérñida ayuda. Se encontraba a los cuarenta y tantos años fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieran meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano. Gaspar Hauser, sin alientos, sin más consuelo que el arte amado y por sí mismo doloroso. y el humo dorado de la gloria en que Dios le había envuelto para calma de su incurable desolación.

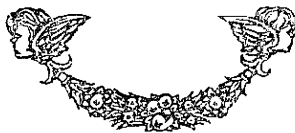
Su salud física, hasta entonces robusta, empezaba a decaer. Ni en su infancia, ni en su juventud había hecho ejercicios musculares. Su aspecto era de hombre fornido y bien plantado, pero su debilidad era extrema. No había frecuentado gimnasios, ni hecho servicio militar, ni se había dedicado a deportes. Y, sobre todo esto, desde su adolescencia, pasada en climas ardorosos y agostadores, había sido el enemigo de su cuerpo a causa de su ansia de goces, de su imaginación exaltada, de su sensualidad que complicó después con lecturas e iniciaciones, su innato deseo del gozar del instante, con todo y su educación religiosa. Un temperamento erótico atizado por la más exuberante de las imaginaciones, y su sensibilidad mórbida de artista, su pasión musical, que le exacerbaba y le poseía como un divino demonio interior. Ensus angustias, a veces inmotivadas, se acogía a un vago misticis-

mo, no menos enfermizo que sus exaltaciones artísticas: Su gran amor a la vida estaba en contraposición con un inmenso pavor de la muerte. Era ésta para él como una fobia, como una idea fija. Cuando ese clavo de hielo metido en el cerebro le hacía pensar en el inevitable fin, si estaba en soledad, sentía que se le erizaba el pelo como a Job al roce de lo nocturno invisible.

Tantos años errantes, con la incertidumbre del porvenir, después de haber padecido los entreveros de una existencia de novela; en una labor continua, con alternativas de comodidad y de pobreza; con instintos y predisposiciones de archiduque y necesitado casi siempre, sin poder satisfacer sino por cortos períodos de tiempo sus necesidades de bienestar y aún de lujo, amigo de bien parecer, de bien comer, de bien beber y de bien gozar como era; cansado de una ya copiosa labor cuyo producto se había evaporado día por día; asqueado de la avaricia y mala fe de los empresarios, de los *patrones*, de los explotadores de su talento, dolorido de las falsas amistades, de las adulaciones interesadas, de la ignorancia agresiva, de la rivalidad inferior y traicionera; desencantado de la gloria misma, y de la infamia disfrazada y adornada y halagadora de los grandes centros, se veía en vísperas de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento fisiológico, medio neurasténico, medio artrítico, medio gastrítico, con miedos y temores inexplicables, indiferente a la fama, amante del dinero por lo que da de independencia, deseoso de descanso y de aislamiento y, sin embargo, con una tensión hacia la vida y el placer - ¡al olvido de la muerte!—como durante toda su vida. Curioso Benjamín Itaspes.

RUBÉN DARÍO.

Las anteriores líneas, fragmentos de *El oro de Mallorca*, novela inconclusa y no publicada de Rubén Darío, constituyen uno de los más sugestivos documentos humanos. Bajo el transparente velo de Benjamín Itaspes, *músico célebre*, se ocultaba el propio Rubén Darío, según confesión, por otra parte inútil, que de viva voz hizo el autor pocos días antes de morir.



Intensidad del alma



EN una época muy remota de la historia del Egipto y de la India, el alma debió acercarse a la superficie de la vida hasta un punto que no volvió a alcanzar jamás: el recuerdo de su presencia casi inmediata produce todavía extraños fenómenos. Hay otros momentos del mismo género en que el elemento espiritual parece luchar en el fondo de la humanidad como que se ahoga y bracea bajo las aguas de un río caudaloso. Recordad la Persia, por ejemplo, Alejandría y los dos siglos místicos de la Edad Media.

En cambio, hay siglos perfectos en que la belleza y la inteligencia reinan muy puramente, pero en que el alma no se manifiesta. Así es que se halla muy lejos de Grecia y de Roma, del XVII y del XVIII siglos franceses. (Al menos de la superficie de este último siglo, pues sus profundidades, con Claudio de Saint-Martin, Cagliostro, que es más serio de lo que se cree, Pascal y otros tantos, nos ocultan aún muchos misterios). No se sabe por qué, pero hay algo que no está allí; hay comunicaciones secretas cortadas, y la belleza cierra los ojos. Los personajes de Racine no pueden callar, so pena de dejar de existir. Una sustancia aisladora se ha interpuesto entre su espíritu y ellos mismos; entre la vida que se halla en contacto con todo y la que no toca sino al momento fugitivo de una pasión. Hay verdaderamente siglos en que el alma vuelve a dormirse y en que nadie se preocupa ya de ella.

Hoy, es evidente que hace grandes esfuerzos. Se manifiesta en todas partes de una manera anormal, imperiosa y apremiante, como si se hubiese dado una orden y ella no tuviese tiempo que perder. Debe prepararse a una lucha decisiva, y nadie puede prever todo lo que dependerá de la victoria o de la huida. Quizá nunca ha puesto en obra fuerzas más diversas y más irresistibles. Diríase que se encuentra acorralada al pie de un muro invisible, y que no se sabe si es la agonía o una vida nueva lo que la agita. No hablaré de los poderes ocultos, que despiertan en torno nuestro: magnetismo, telepatía, levitación, materia radiante.... No son probablemente nada al lado de lo que se opera en

realidad porque el alma es como un durmiente que, desde el fondo de sus sueños, hace inmensos esfuerzos para mover un brazo o levantar un párpado.

En otras regiones, en que la multitud es menos activa, obra aún más eficazmente. En música, en pintura, en literatura, se observa un resplandor extraño. Parece un *ultimátum*; por eso importa no desperdiciar esta ocasión amenazadora, que es de la naturaleza de los sueños, que se pierden, para siempre si no se les fija en seguida.

MAURICIO MAETERLINCK.



La celda

(VERSIÓN DE RICARDO BAEZA)

*España, país clásico de los embrollos,
de las pañabatas, de las serenatas
y de los rubos de fe* —EXTRACTO DE
UNA REVISTA.

*... Et je n'entendais plus
Les verrous se fermer sur l'éternel
reclus.*

ALFREDO DE VIGNY.—*La Cárcel.*



OS monjes tonsurados se pasean allá abajo, silenciosos y meditativos, rosario en mano y miden lentamente, de pilar en pilar, de tumba en tumba, el pavimento del claustro, que habita un débil eco

Tú, ¿son esos tus ocios, joven recluso, que solo en tu celda, te diviertes en trazar figuras diabólicas sobre las páginas blancas de tu libro de oraciones y en pintar con un ocre impío las mejillas huesosas de esa cabeza de muerto?

El joven recluso no ha olvidado que su madre es una gitana, que su padre es un capitán de ladrones; y preferiría oír mejor, al despuntar el día, la trompeta tocando a botasillas para montar a caballo, que la campana llamando a maitines para correr a la iglesia.

No ha olvidado que bailó el bolero bajo las rocas de la sierra de Granada con una morena de zarcillos de plata, de castañuelas de marfil; y preferiría hacer el amor en el campo de los bohemios que rezar a Dios en el convento.

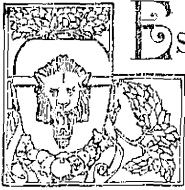
Una escala ha sido trenzada, en secreto, de la paja del camastro; dos barrotes han sido serrados sin ruido por la lima sorda; y del convento a la sierra de Granada hay menos distancia que del infierno al paraíso.

Apenas la noche haya cerrado todos los ojos, adormecido todas las sospechas, el joven recluso encenderá de nuevo su lámpara y se escapará de su celda a pasos furtivos, con un trabuco bajo el hábito.

ALOYSIUS BERTRAND.

Un epitafio

*Aquí reposa un hombre cuyo nombre
fué escrito sobre el agua.*



ESTE divino epitafio de Keats vale por un poema. Así es de intenso y de sutil. Sus once palabras son como once perlas milagrosas. Evocan mil imágenes muertas, mil sueños desvanecidos: todo un mundo de áridas desolaciones y de inútiles esperanzas.

En esa sugerente frase funeral ondula un alma de tormento, víctima de un negro destino: pasa el dolor como una sombra, pasa la vida como una sombra....

.... Surca una vela blanca el piélago azulado que no tiene horizonte. La tarde es de amaranto y el cielo una fúlgida turquesa. Las ondas gimen vagamente, y llevan a la memoria dulces canciones de la infancia. Y se piensa en el vacío de las horas que fueron y que se repiten siempre—como los matices del crepúsculo—monótonas y tristes....

Aquí reposa un hombre cuyo nombre fué escrito sobre el agua. Esta línea es un largo suspiro, una pena que se inmortaliza sobre una lápida marmórea, un asfodelo sideral sobre un sepulcro. Revela un espíritu, una idea, una desilusión... Es como un hilo de lágrimas.

FROYLÁN TURCIOS.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 15

El vendador de tulipanes, Aloysius Bertrand.—*Don Juan en Santa Marta*, Andrés Mata.—*La condesa Vera*, Jean Lorrain.—*De noche*, Mercedes Laines.—*Carta a Georgina Hübler, en el cielo de Lima*, Juan R. Jiménez.—*La casa del juicio*, Oscar Wilde.—*Lo imposible*, E. Verhaeren.—*El tesoro de Scherezada*, Leopoldo Lugones.—*¡Sálvame!*, Jerónimo J. Reina.—*El olvido*, José María de Heredia.—*Ave*, Ramón de Valle Inclán.—*Mujer belga*, J. Moreno Villa.—*La última carta de Djenana*, Pierre Loti.—*Muerte en el brigal*, Detlev von Liliencron.—*Via láctea*, Eduardo Castillo.—*Canción de mujer*, Georges Tournoux.—*La bayadera*, Rabindranath Tagore.—*La visita de las sombras*, Mauricio Rollinat.—*El tor de olvido*, Froylán Turcios.—*Monólogo de Hamlet*, William Shakespeare.—*Idea fija*, Arturo Graf.—*Arte americano*, Francisco García Calderón.—*Par nobis*, Guillermo Valencia.—*El Olvido*, Oasis amable, Froylán Turcios.—*El Cantar de los Cantares*, Juan Zorrilla de San Martín.—*Sumarios de ESFINGE*—Notas.

NUMERO 16

Teoría inaceptable, Anatole France.—*Tengo una novia*, Francis James.—*El artista*, Oscar Wilde.—*El papa real*, Ataliva Herrera.—*Himno de Pan*, Percy Bishé Shelley.—*Sapiencia*, Peter Altenberg.—*L'ambre, le septemur...*, Charles Guerin.—*Pecar*, Amado Nervo.—*Nocturno III*, Leopoldo de la Rosa.—*El estilo*, Juan Ramón Molina.—*Realeza*, J. Arthur Rimbaud.—*La ofrenda del bramán*, Francisco Gaviña.—*De morir teníamos*, Rafael Arévalo Martínez.—*Regreso al hogar*, Manuel Guerra Junqueiro.—*Himno a la Noche*, Henry W. Longfellow.—*A los pies de Afrodita*, Dmitry de Merejkowsky.—*Estremecimiento de invierno*, Stéphane Mallarmé.—*El secreto*, H. Heine.—*Oliveretto de Fermò*, Manuel Machado.—*La buena nueva*, Pedro Emilio Coll.—*Hulas*, José Enrique Rodó.—*El dolor*, Heriberto J. Wells.—*Confianza en sí mismo*, R. W. Emerson.—*Commisericordia*, R. Katalinich Jeretow.—*La muerta embalsamada*, Mauricio Rollinat.—*Vuelo ignoto*, Froylán Turcios.